



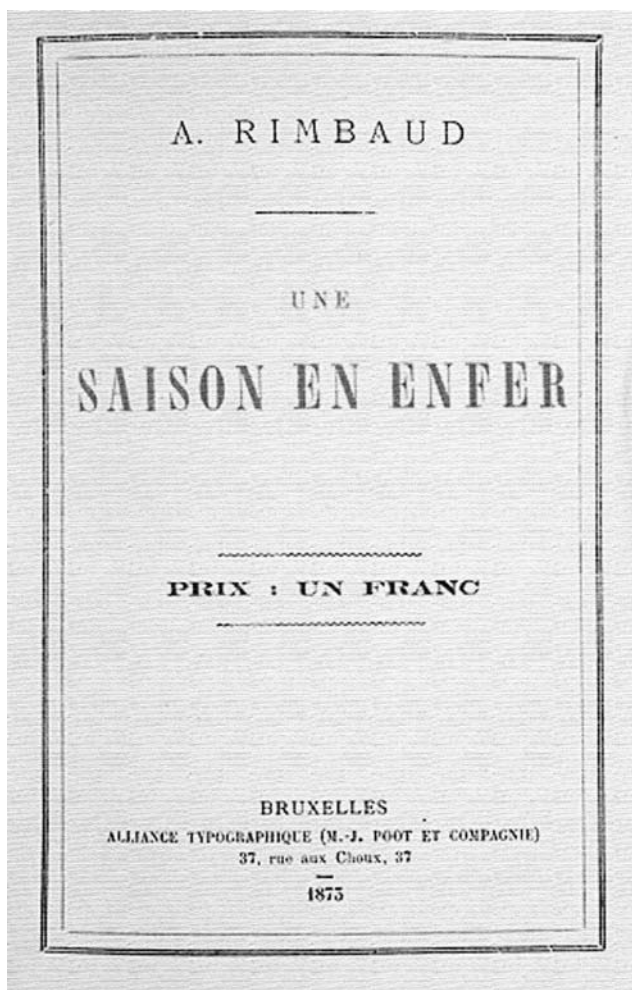
Pasión o locura

Jaime Augusto Shelley

LA CAÍDA DEL SEGUNDO IMPERIO, que encabezara Luis Bonaparte, es el fin de una estructura social agotada por la corrupción, una secuela de cuantiosos fraudes mal disimulados en la Bolsa de Valores, la enfermedad del emperador, la aventura fallida de su ejército en México y la guerra con Prusia, que llevara al sitio de París y a la brevísima toma del poder por parte de la Comuna, para horror de las burguesías de todo el mundo. Constituye, acaso, uno de los eventos más importantes del siglo XIX, pues hace detonar una serie de transformaciones sociales, económicas y culturales que darán pie a la nueva visión que dejará ver sus frutos algunos años más adelante, en particular en la sorprendente década de 1880, memorable por sus formidables aportes en el campo de la pintura, la escultura, la música, la fotografía, la arquitectura, etc., creaciones basadas en una nueva estética crítica y revisionista, revolucionaria o vanguardista, que seguirán en línea creciente y sostenida hasta la Segunda Guerra Mundial, lo que para muchos es la fecha del fin de una era que se remontaba hasta los orígenes del mundo clásico griego.

Lo que sucedió en 1870 quiso ser borrado de la memoria histórica por todos los medios posibles. Al igual que el periodo del Terror hacía ruborizarse a los franceses. La horrenda matanza de parisinos, sublevados o no, fue una acción infame. Un adolescente, casi un niño, que a la sazón tenía quince años, Jean-Arthur Rimbaud, había depositado todos sus sueños de igualdad, fraternidad y libertad en ese movimiento (escribió, en 1871, el borrador de una constitución comunista que envió a un profesor amigo, documento desgraciadamente perdido). Pasó muchas jornadas en las bibliotecas, estudiando a los socialistas franceses Babeuf, Saint-Simon y Proudhon.





Después de la matanza, toda aquella febril pasión ilusionada se tornará amargura y desencanto, odio a la sociedad burguesa, a la nación toda y al mundo europeo. (Escribe Rimbaud en *Mala sangre*: “Heredito de mis antepasados galos los ojos azul-blancos, el juicio estrecho y la torpeza en la lucha. Considero mi vestimenta tan bárbara como la suya. Pero no engraso mis cabellos. / Los galos fueron los desolladores de bestias, los incendiarios de hierbas más ineptos de su tiempo. De ellos heredito la idolatría y el amor al sacrilegio. [...] / Me horrorizan todos los oficios. Patronos y obreros, todos plebe, innobles. La mano que maneja la pluma vale tanto como la que conduce el arado.”)

La leyenda del *enfant terrible* que alcanzará luego gran resonancia en todo el mundo literario se centrará más que nada en su ambigua y enfermiza relación homosexual con Verlaine y en su bella imagen de adolescente. Los excesos de alcohol y de drogas darán el toque de escándalo suficiente para convertirlo, dentro de los cenáculos decadentes, en un personaje idealizado, a lo largo de los siglos por venir.

Y ésa es una de las formas más groseras, ya común en nuestros días, de acercarse a ciertos artistas de importancia histórica. Recordamos a James Dean no por su destacado trabajo actoral sino por su vida de escándalo y excesos.

Entre 1872 y 1873, Rimbaud escribe una serie de poemas que él nombra, al principio, sólo *Poemas en prosa*, y que acabarán llamándose *Iluminaciones*, y otra serie, más tarde, intitulada *Una temporada en el Infierno*. A principios de 1874, decide renunciar a la literatura y emprender su fuga lejos de Europa. Aquel recorrido convulso que ha realizado prácticamente en silencio desde su adolescencia a su juventud, desde su pueblo a la Ciudad Luz, llega a su fin. Él se encamina a hacer realidad lo que siempre ha soñado: ser un aventurero en tierras extrañas. Muchos años después, ya en África, un compatriota se le acerca y le pregunta:

—¿Es usted Arthur Rimbaud, el poeta?

Rimbaud asiente, en silencio.

—Déjeme decirle que acaba de salir una edición de su libro y causa revuelo en París.

Y el poeta-explorador responde:

—¡Qué asco!

Las palabras del francés recién llegado bien pudieron ser sólo un gesto de adulación para quedar bien, puesto que en París, o en ningún otro lado, el autor de esas maravillosas palabras que abren *Una temporada en el Infierno* (“Una noche, senté a la Belleza en mis rodillas —Y la encontré amarga. —Y la injurié”) parece haber tenido importancia alguna. Los poetas reconocidos siguen escribiendo de acuerdo con la Belleza establecida, con rimas y todo.

¿Cuántos años han de pasar para que el mundo reconozca el cambio?

¿Se adelantó demasiado el poeta? Una hipótesis puede ser que sus contemporáneos, sabedores del giro radical que se ofrecía a sus ojos resultaba demasiado vertiginoso y carecían del arrojo para lanzarse a la aventura de la creación, conformándose con seguir un camino seguro de versificaciones socialmente aceptables. Esos estallidos incontrolados de pasión, tensados por la ira, pueden resultar interesantes, pero deben ser considerados como casos aislados, sin duda, productos de una locura inducida por las drogas.

Hay un dato importante a ese respecto que echaría por tierra esa teoría. A fines de 1873, el poeta regresa a su casa y se encierra en el cobertizo a leer y revisar los textos de *Una temporada en el Infierno*. No está bajo la influencia de ninguna droga. Trabaja de la manera más profesional posible y lleva esos materiales a una imprenta en Bélgica. Sólo paga un adelanto mínimo.

Le entregan un puñado de ejemplares que él manda por correo a unos cuantos conocidos. Nunca escribirá nada más (salvo cartas a su madre y hermana, y un curioso informe de carácter científico sobre un territorio inexplorado africano).

Entonces, ¿cómo explicarnos el misterio de su creación poética?

¿Es estado de gracia, locura temporal, inspiración divina o demoniaca?

El deseo irrefrenable de libertad proveniente de la Comuna marca de manera indeleble el proceder del adolescente y lo lleva a plasmar en sus poemas ese espíritu libertario como último reducto en la furia autodestructiva que lo invade en esos años oscuros.

Su inconsciente opera con entera libertad. O mejor, como lo expresara Lamartine:

Yo no pienso jamás. Dejo que mis pensamientos piensen por mí. 